

LA MANSIÓN DE LA ROCA DE ÁGATA ROJA

Después de pasar seis años en la Majestuosa Montaña Verde, Mila se marchó al lugar llamado la Roca de Ágata Roja, la Fortaleza de los Garudas. «Pueda morir cumpliendo mi promesa de practicar durante los cuatro grupos de doce: doce años, doce meses, doce días y doce horas. Que pueda morir meditando sin que los habitantes de la región sepan dónde estoy», pensó.

La muerte nunca llegó, pero su salud se deterioró y reflexionó: «He abandonado las actividades mundanas. Ya que no he muerto todavía, consagraré toda mi energía a la práctica del Dharma. Debo preparar y comer algunas ortigas».

Entonces salió para recoger un poco de leña. Encontró unas ramitas y las dejó encima de una roca plana. Mientras descansaba, se levantó un viento que desperdigó la leña. «Todo es igual de efímero» y pensó: «Más pronto o más tarde la impermanencia me atrapará, pero de momento, necesito más leña». Mientras intentaba partir una gran rama seca, cayó y perdió el conocimiento. Cuando el sol ya se ponía, sopló una ráfaga de viento helado y al despertarse y recobrar el sentido le invadió una profunda e intensa tristeza. Desamparado, elevó sus ojos hacia el este, en la dirección de la residencia del guru. En aquella dirección, vio flotar una nube blanca y, recordando a su guru con añoranza entonó este canto de los seis recuerdos del guru:

Suplico a los nobles lamas.

¡Aceptadme con compasión! Haced que la tristeza de este mendicante se disipe.

En el este, bajo esa nube que flota,
se encuentra el monasterio del valle meridional de Trowo.

Allí está la residencia de mi lama.

Si queréis pronunciar su nombre,
es Marpa el traductor.

Si él estuviera hoy allí, ¡cuál sería mi alegría!

¡Qué felicidad si estuviera allí ahora!

Aunque está lejos, deseo verle.

Aunque es un largo camino, quisiera verle.

¡Shomo! El recuerdo del lama me invade de nuevo.

Cuanto más pienso, más me acuerdo del jetsun.

Dagmema, la dama que complace al Buda,

si ella estuviera hoy allí, ¡cuál sería mi alegría!

¡Qué felicidad si estuviera allí ahora!

Aunque no tengo ningún regalo para la madre, suspiro por verla.

No tengo nada para ofrecerle, pero anhelo verla.

¡Shomo! El recuerdo del lama me invade de nuevo.

Cuanto más pienso, más me acuerdo del jetsun.

Las cuatro iniciaciones con signos
que otorgan la transmisión profunda;
si se estuvieran otorgando ahora, ¡cuál sería mi alegría!
¡Qué felicidad si se estuvieran otorgando ahora!
Aunque tengo poco que ofrecer, anhelo recibir una iniciación.
¡Shomo! El recuerdo del lama me invade de nuevo.
Cuanto más pienso, más me acuerdo del jetsun.

El profundo tantra de Hevajra,
si lo pudiera recibir ahora, ¡cuál sería mi alegría!
¡Qué felicidad si lo pudiera recibir ahora!
Aunque mi conocimiento es ínfimo, desearía recibirlo.
Aunque mi inteligencia es limitada, me gustaría oírlo.
¡Shomo! El recuerdo del lama me invade de nuevo.
Cuanto más pienso, más me acuerdo del jetsun.

Las instrucciones profundas de los seis yogas de Naropa,
si las pudiera recibir ahora, ¡cuál sería mi alegría!
¡Qué felicidad si las recibiera ahora!
Aunque mi diligencia es pequeña, desearía meditar.
Aunque mi cuerpo está decayendo, ¡meditar es lo que yo deseo!
¡Shomo! El recuerdo del lama me invade de nuevo.
Cuanto más pienso, más me acuerdo del jetsun.

Las asambleas con los fieles hermanos de la región central y de Tsang,
si estuvieran allí ahora, ¡cuál sería mi alegría!
¡Qué felicidad si estuvieran allí ahora!
Desearía comparar conocimientos y debatir.
Me gustaría conversar con ellos y compartir experiencias.
¡Shomo! El recuerdo del lama me invade de nuevo.
Cuanto más pienso, más me acuerdo del jetsun.

La torre que complace al guru,
si la estuviera construyendo ahora, ¡cuál sería mi alegría!
¡Qué felicidad si la estuviera construyendo ahora!
Aunque me estoy haciendo viejo, desearía edificarla.
Aunque este cuerpo ilusorio se está deteriorando, anhelo construirla.
¡Shomo! El recuerdo del lama me invade de nuevo.
Cuanto más pienso, más me acuerdo del jetsun.

Mis nobles padres, que fueron tan bondadosos,
si estuvieran aquí ahora, ¡cuál sería mi alegría!
¡Qué felicidad si estuvieran aquí ahora!
Desearía tanto responder al cariño de mi padre y de mi madre.
Me gustaría tanto servirles de la mejor manera.
¡Shomo! El recuerdo del lama me invade de nuevo.
Cuanto más pienso, más me acuerdo del jetsun.

Gran Vajradhara, fuente de bendiciones,

concede tu bendición para que la tristeza de este mendicante se disipe.

Así cantó Mila.

La nube se fue alargando, como un rollo de tela que se desplegara acercándose a él. Cuando estaba sobre su cabeza, Mila vio a su guru Marpa sentado encima de ella, montado sobre una leona blanca sin bridas.

— ¿Qué te ha sucedido hoy, Milarepa, para que te lamente tanto? —le preguntó Marpa—. ¿Es que te ha surgido fe en el lama? ¿O la distracción de los pensamientos te ha llevado a añorar el mundo de los fenómenos? ¿Ha entrado en tu celda el obstáculo que es el deseo de felicidad? ¿Los fantasmas de la esperanza y el temor te han embrujado? ¿Qué ha pasado? Tú y yo estamos más allá del encuentro y la separación.

La alegría de Mila fue tan grande que se quedó sin palabras y una realización incomparable surgió en él. Experimentó aquello que está más allá de las palabras y cantó esta plegaria de devoción y súplica:

Este mendicante ha visto la faz del guru y ha oído su voz.
Su pena se ha convertido en una experiencia de meditación.

Al pensar en la compasión del guru,
la devoción de la realización ha surgido de lo más profundo.

Cuando me has otorgado tus bondadosas bendiciones en persona,
las apariencias contrarias al Dharma se han disipado.

Los lamentos en el valle deshabitado y desierto
han irritado los oídos del lama, mi padre,
pero su aparición es lo único que podía satisfacer a este mendicante.

Practicar con perseverancia y ascetismo
es una ofrenda que complace a mi padre, el lama.

Vivir en retiro solitario sin enfermedad
es una ofrenda que complace a las madres, las dakinis.

Vivir en el ascetismo que soporta el hambre y acepta la muerte
es una ofrenda a los seres sin protector.

Perseverar en la soledad sin compañeros
es la escoba que barre el karma y sus resultados.

Las ortigas, inacabables provisiones dhármicas,
son la condición favorable para la experiencia y la realización.

Practicar es la mejor retribución a la bondad del lama.
Noble lama, guárdame dentro tu amoroso corazón.
Concede tu bendición para que este mendicante pueda permanecer en retiro.

Así cantó Mila.

La mente de Mila se llenó de felicidad; tomó algunos trozos de leña y volvió a su cueva. Cuando llegó allí, se encontró con siete demonios de metal, cuyos cuerpos eran del tamaño de un pulgar y los ojos, tan grandes como tazas. Unos estaban encendiendo fuego, otros traían agua, otros molían la tsampa, y otros estaban sentados ejecutando trucos de magia.

Al verlos, Milarepa sintió miedo. Meditó en su deidad, recitó mantras subyugadores, adoptó una mirada y una actitud furiosas. Luego meditó en la compasión y el amor, pero nada consiguió aplacarles. «Deben ser las deidades locales de este lugar», pensó. «Aunque he estado aquí meses y años, nunca les he dirigido ni el mínimo elogio ni les he ofrecido ninguna torma».

Así pues, dirigió un canto de alabanza al lugar:

¡Ema! Esta ermita en las montañas desiertas
es el lugar sagrado donde los vencedores han alcanzado la iluminación.

Este lugar de retiro solitario
es la Mansión de la Roca de Ágata Roja, la Fortaleza de los Garudas.

Allá arriba, las nubes oscuras se reúnen
y el buitre planea majestuoso.

Allá abajo, en el valle, el río se arremolina y se agita,
y los peces y las nutrias nadan y se sumergen.

Detrás, sobre el imponente pico de la reina de las montañas,
hay una profusión de plantas aromáticas y de árboles.

Delante están las colinas que parecen montones de arroz
donde abundan los arroyos y las flores.

A los pies, hay una marisma con matorrales que parecen dados.
Allí los ciervos, los asnos salvajes y sus retoños juegan.

Entre las flores y las hojas con forma de loto,
los mirlos cantan melodiosos.

Entre las numerosas montañas de granito y pizarra,
está la blanca perdiz con su canto armonioso.

Entre los altiplanos y las tierras bajas,
no hay trazas de pisadas humanas.
Este lugar sagrado favorece la iluminación.

Solo en esta ermita,
yo, Milarepa, me dedico a la práctica;
la base de la práctica es la bodichita.

Demonios no humanos, obstáculos aquí reunidos,

bebed de esta ambrosía de amor y compasión ¡y marchaos!

Así cantó.

Tres de los demonios que efectuaban trucos de magia se fueron, pero Milarepa no pudo echar a los otros cuatro. Comprendiendo que los cuatro demonios no eran más que creaciones mágicas, cantó la siguiente doha que expresa su confianza en las experiencias y en la visión.

Soy el vástago de la leona blanca.
De cachorro, dirigía la manada.
De adulto, vago por las montañas nevadas.
Ni mi enemigo, las turbulentas tormentas de nieve, me intimidan.

Soy el vástago de un garuda, el rey de los pájaros.
De pequeño, dirigía la bandada.
De adulto, vuelo por las alturas del cielo.
Ni los altos precipicios me intimidan.

Soy el vástago del gran pez, el salmón.
De pequeño, ya alcanzaba los límites del lago.
De adulto, recorro los ríos.
Ni los rápidos del río Tsangpo me intimidan.

Soy el vástago del gran Naropa.
Cuando era un principiante, estudié con mi guru.
De meditador experto, recorro las montañas desiertas.
Los obstáculos y maras no me intimidáis.

Es maravilloso que me hayáis visitado, demonios.
¡Volved mañana, os lo pido!
Tendríamos que conversar de vez en cuando.

Así cantó Mila.

Tres de los demonios desaparecieron como un arco iris. El que quedaba ejecutó una danza amenazadora. «Este es especialmente fiero y poderoso», pensó Mila y entonó la siguiente canción acerca de la visión, la cúspide de la realización:

Las garras de un león agazapado en la nieve nunca están frías.
Si echado en la nieve sus garras se enfriaran,
poco sentido tendrían sus tres poderes.

El pájaro que planea por el cielo no puede caer
Si el pájaro que planea por el cielo pudiera caer,
poco sentido tendría la envergadura de sus seis alas.

El pez que mora en el agua no se puede ahogar.
Si el pez que mora en el agua se pudiera ahogar,

poco sentido tendría su ojo redondo y dorado.

Una piedra no puede partir un bloque de hierro.
Si una piedra pudiera partir un bloque de hierro,
poco sentido tendría fundirlo y forjarlo.

Mi realización de la naturaleza de la mente no teme a los demonios.
Si mi realización de la naturaleza de la mente temiera a los demonios,
poco sentido tendría vivir entre rocas elevadas.

Un demonio como tú no me intimida.
Si un demonio como tú me intimidara,
poco sentido tendría engendrar la mente compasiva.

Demonio, si quieres quedarte más tiempo, me parece bien.
Si tienes amigos, invítalos también.
Habla de nuestros diferentes puntos de vista.
¡Ah tsa ma! Este espíritu me inspira la compasión.

Vajradhara, Señor cuya esencia es Aksobhya,
Bendice a este mendicante para que cultive una compasión perfecta.

Así cantó Milarepa.

Lleno de amor y compasión y sin preocuparse de su cuerpo, Mila se lanzó a la boca del demonio, pero este no lo pudo engullir y se desvaneció como un arco iris.

Aquí concluye el capítulo de *La mansión de la Roca de Ágata Roja*.